

concepto genérico. ¿Queréis que lo exponga en pocas frases?—

Respondió mistress Noedle tirando de la campanilla, que era una señal para que la servidumbre diera por la noche la mano última á las habitaciones, y al mismo tiempo un aviso á los demás para que dejaran de hablar. Fué Julia la primera que se puso en pie, buscó su vela, encendióla prontamente como de costumbre, y retiróse antes de que la familia recitara las oraciones protestantes.

XXVII.

CON LA VELA EN LA MANO.

Vanamente Julia cortaba su discurso haciendo ademán de retirarse: habían comprendido las niñas que su amada maestra, hablando de la Virgen, tenía el gobernalle, y que John (á sus ojos más que doctor) le daba casi la razón. Por ello, mal de su grado, se suspendía el debate. Mistress Needle, que lo notó, dijo á Julia:—Es tarde ya;

me parece el mejor partido el que ciertos areopagitas proponían á San Pablo: "Te oiremos otra vez sobre esto." Tanto más, cuanto á estas criaturas se les cierran los ojos sin querer.

Clara y Clemencia se opusieron vivamente, gritando en coro:—No, mamá; no se nos cierran.

Añadió Jhon con más fuerza:—Esperad un momento, porque no podría dormir sin llegar antes al fondo de la cuestión.

Repuso Julia:—Se resume todo en una sola palabra. María es considerada por los católicos como Madre de Dios, y como su Madre; he aquí el germen de todos los actos de piedad; la síntesis de sus sentimientos devotos; la medida y la regla de cada demostración extrínseca. Esto dicho, algunas prácticas que os parecerán primero excesivas, convertiránse de pronto en lógicas, justas y moderadas. ¿Cómo podrían limitarse las ternuras de un hijo para honrar á su madre?

—Eso de que reconozcan á la Mujer de Nazaret como madre de los fieles, parece-me una de las patrañas que en el invierno...

—Poco á poco, dijo Julia interrumpiéndole. Conociendo la filosofía, debeis convenir

en que cuando una opinión reina en gran número de personas entendidas, leales y sinceras, no puede ser una simple patraña; algo verdadero contendrá. Ahora bien: todos los católicos saludan á María como su Madre.

—Nosotros los anglicanos, no.

—¿Cuántos sois? ¿Cuántos años teneis? dijo Julia: y añadió, respondiéndose á sí propia:—Sois pocos millones de individuos del Alta iglesia, entre los cuales por cierto una inmensa parte da culto también á la Madre celeste. Casi ayer desertásteis de la creencia católica. Antes, esto es, hace pocos siglos, los ingleses aclamaban á María como Madre, lo mismo que nosotros los italianos y el resto de la cristiandad. Vuestra excepción es una gota respecto del mar. Tanto más, cuanto, no sólo la Iglesia católica, sino también todas las comuniones cismáticas del Septentrión y del Oriente, están en este punto completamente de acuerdo. Cuando un individuo, ó pocos individuos, se hallan así en presencia del Catolicismo universal, deben sentir que se ahoga su voz en la garganta, si se proponen oponerse, combatir y hacer protestas. Por consecuencia, la maternidad moral de María de-

be obtener de vos, si no más, un silencio respetuoso.

—Es verdad, dijo Jhon; no somos muchos, y estamos divididos profundamente: mas para consuelo de nuestra escasez, tenemos el auxilio de las divinas Escrituras, por lo cual colocamos con justicia entre las patrañas la maternidad moral de la Virgen.

—Citad el pasaje, dijo Julia, en que la Biblia rechaza la maternidad moral de María.—

Jhon comprendió que se había precipitado demasiadamente, porque no encontraba un texto que le hiciera salir de apuros. Julia, insistiendo, añadía:—Yo, por el contrario, os puedo probar, como dos y tres son cinco, que dicha maternidad de María es un concepto exacto y divino.

—¡Imposible!—gritó Jhon.

Julia:—¿Fué María madre de San Juan Evangelista? ¿Sí ó no? Sí; el Evangelio lo dice: “Jesús dijo al discípulo: He aquí á tu madre.” ¿Fué madre física? No... Luego fué madre moral. He aquí aquella maternidad inventada y sostenida por el Hijo de Dios.—

El joven callaba, no sabiendo qué oponer á la fuerza de la razón. Añadió Julia,

cada vez con más fuerza y con ademanes más pronunciados:—Falta sólo saber si esta maternidad se restringe sólo al discípulo mencionado, ó van comprendidos en el prohijamiento todos los fieles. Aquí no quiero dogmatizar peligrosamente. Ninguna definición de la Iglesia convirtió lo dicho en dogma de fe. Puede un católico no creer en este moral prohijamiento hacia la Virgen, sin incurrir por ello en la nota de hereje. Mas incurría en la de necio, en la de temerario y en la de irreligioso, porque se trata de una doctrina que ha penetrado en las entrañas del pueblo fiel, que ha sido predicada por los Padres, difundida por una inmensa tradición, y enseñada en las Escrituras, ó á lo menos explícitamente favorecida por ellas.

—Sin embargo, todavía lo pongo en duda.

—Sois muy dueño. Pero si quereis seguir siendo protestante lógico, no podeis negar á los católicos el derecho de creerse hijos de esta madre celestial, porque la Biblia no lo niega en parte alguna. Por lo demás, nada importa para nuestro fin que os convenza yo de la verdad ó de la mentira católica relativamente á la maternidad moral de María; basta solo que reconozcais

el hecho, á saber: que los católicos consideran á María como madre que les dió Jesucristo, como también que nuestra opinión no es absurda ni contraria á las Escrituras,

—Sobre todo, dijo Jhon, no puede nacer dificultad; habla el hecho por sí solo, viéndose con los ojos y palpándose con las manos. ¡Demasiado! No quiero yo desconocer en los católicos el derecho de interpretar á su manera la Escritura, como los protestantes.

—Pues bien, replicó Julia; entended ahora la profunda lógica del devoto de María. He aquí cómo razona: “La madre de Jesucristo ha venido á ser mi madre; madre moral y adoptiva. Lo ha venido á ser, porque Jesucristo le confirió este carácter, al decir: “He aquí á tu madre.” Tan omnipotentes eran estas palabras de Jesucristo moribundo en el Calvario, como el *fiat* primitivo que se pronunció sobre el caos. Realmente, por tanto, en el corazón de esta mujer se colocó un tesoro de maternidad para bien mío; un tesoro que se compone de amor materno, de intercesión, de providencia, de perdón, de todo lo que responde á una maternidad divinamente creada. Luego ella puede, quiere y obra mil favo-

res para mí: todos los siglos, con sus santuarios, con los altares, con los votos y con los milagros, cantan las glorias de esta Madre auxiliadora de sus hijos: debo recurrir á ella admirando su excelencia, agradeciendo las gracias recibidas, y alimentando una confianza sin límites respecto de las futuras.” Así habla el católico. Decidme ahora, señor Jhon: ¿es irracional el que así habla? No; mil veces no. Dada la idea fundamental de dicha maternidad de la Virgen, nuestras cien mil manifestaciones de afecto á ella se convierten en una natural correspondencia del concepto, en un corolario y en una necesidad: el pensamiento de una madre celeste, de afecto inextinguible para nosotros, engendra la devoción, silogiza sus movimientos, gobierna sus significaciones externas, y enciende sus ímpetus más sublimes. ¿Quién puede decir á un hijo: cesa de amar á tu madre?

—Sois una poetisa, exclamó Jhon.

—Soy una historiadora, repuso Julia. Nada he añadido ni quitado á lo que nos enseña el Catecismo católico; ni el más vulgar concepto que llena la mente y el corazón de cada fiel, docto ó ignorante.... Habéis visto sólo un lánguido destello de la inmensa luz.—

Al decir con fogocidad estas frases, que salían de lo más profundo de su corazón, su semblante parecía resplandecer con una luz suave, y sus ojos, iluminados con la vela que siempre tenía, en actitud de retirarse, tomaban el brillo del afecto virginal y celeste con que hablaba. John, aunque tosco é inaccesible á las simpatías, sintió que al afecto aridísimo que alimentaba por Julia, aumentábase casi un movimiento de reverencia. Dijo luego á la joven:—Basta; estudiaré vuestros libros; si descubro que me habeis manifestado toda la verdad, os diré claramente que os absuelvo perpetuamente sobre la devoción á la Virgen: soy incapaz de mentir.

Replicó Julia:—Pero al estudiar, tened en cuenta las tres cuestiones que antes habeis suscitado. Primera: si la Iglesia católica adora ó no á la Virgen; vereis más claro que la luz del sol confesada en nuestras oraciones su naturaleza humana y dependiente. Segunda: si es lícito invocar á la Virgen como amiga potente de la divinidad; hallareis que para negarle toda intervención respecto de Jesucristo, precisa primeramente destruir en El la condición de Hijo que tomó, así como en María su condición privilegiada de madre. Tercera: si

es excesiva la confianza de los fieles en María; os parecerá evidente que la excelencia infinita casi de su condición de Madre de Dios justifica el singular culto que se la tributa, mucho más admitido el concepto católico de su moral maternidad, con el que ninguna confianza ni demostración de tierno cariño á ella se puede creer excesiva.—Hubiera añadido Julia muchas cosas más; pero mistress Needle, que había sufrido ya demasadamente callando, dijo, interrumpiéndola:—Basta, basta; es tarde. Recitemos las oraciones de la noche.—John buscó el *Prayerbook*, y las niñas dispusieron á rezar, con el pensamiento de que bien podía tener razón su maestra, porque, sobre no haberla convencido John ni su madre, había pronunciado la última palabra.

Al día siguiente no se profirió una ni media de religión. Parecía el joven haber olvidado los libros que tomó para su examen. Julia le dijo por la noche:—Espero que me devolvereis el domingo alguno de los libritos, para servirme de ellos en la santa misa.

—Aguardad un poco más aún, repuso el joven, por única respuesta.—

Esperó Julia, por lo tanto. A los tres

días asomóse John al cuarto donde las niñas aguardaban á su maestra como decostumbre para la lección de italiano, y alargándoles los libros, dijo:—Los dareis á miss Julia.—Así lo hicieron. Una carta se descubría en el principio de uno, como por vía de señal. Eran dos páginas que contenían las letanías *lauretanas*, así como un estudio religioso de John, así concebido: “¡Ni superstición, ni deslealtad! *Amicus Cicero, amicus Plato, sed magis amica veritas*. Juzgo evidente que mis *correligionarios*, acusando á los católicos de que idolatran á la Madre de Jesucristo, calumnian, sin saberlo, á la Iglesia papal. Estudiado he la *Letanía de la Virgen Bienaventurada*, como la llaman. Las primeras invocaciones *Kyrie eleison* y *Christe eleison*, con las cuatro siguientes, son, á mi entender, completamente ortodoxas, confrontándose á maravilla con los primeros artículos de nuestra profesión anglicana, que confiesan la divinidad de las tres divinas Personas: las siguientes aspiraciones poéticas niegan explícitamente todo atributo divino á la Virgen, porque la suplican que interceda cerca de Dios. Examinado he las *Letanías de los Santos*; la misma conclusión.

“Héme detenido, sobre todo, en el *Ave María*, por ser la oración más usual del pueblo católico, recitándose, según se me dijo, casi siempre después del Padre nuestro. Paréceme que nada contiene contrario á la Biblia. Su parte primera menciona sólo palabras del Evangelio de Lucas; es indudable que la podemos repetir también nosotros. El *Santa María* se puede defender, por estar la Virgen llena de gracia y por ser santa. *Madre de Dios*, es como decir Madre de Jesucristo, Dios y Hombre; aun Isabel, según Lucas, la llamó *Madre del Señor*.

“*Ruega por nosotros, pecadores*. He aquí lo duro. Quiero pensarlo más, aunque desde ahora conozco que no debo condenar á muchos anglicanos de bien, que recomiéndanse á la Madre de Cristo, sin excesos. María rogó realmente por los esposos de Caná, y obtuvo un milagro. Oraba San Pablo por los fieles, suplicándoles que rezaran por él. Toda la Iglesia rogaba por San Pedro, encarcelado. Hasta Simón Maggo se recomendó para que los Apóstoles pidiesen por él. Ordenó Cristo que se rogase por los perseguidores. Ahora bien: si pueden los justos que viven obtener favores para sus hermanos, ¿por qué no lo

podrán conseguirlos los justos del cielo? ¿Porqué no podrá lograrlos la Madre de Jesucristo?

“No hallo en la Biblia el precepto de no reverenciar á los amigos de Dios en la bienaventuranza. Si alguna vez el Espíritu Santo parece desaprobador el honor rendido á los ángeles y á los demás bienaventurados, siempre, siempre se trata de la adoración propiamente dicha: el simple culto no está prohibido en parte alguna.

“Resumen: 1. ° El Ave María de los católicos podría entrar en el *Prayer-book* anglicano, sin destruir ninguno de los treinta y nueve artículos. Si el vigésimosegundo parece contrario, explícate con el sexto, que da como norma de fe absoluta únicamente la Biblia. Así, en efecto, lo entienden muchos doctores nuestros, óptimos protestantes anglicanos, sobre todo de la escuela de Oxford.

“Lo que no puede en conciencia hacer un anglicano, es excederse mucho en demostraciones de afecto, como rosarios y peregrinaciones supersticiosas, ni tampoco creer fácilmente los milagros que se atribuyen á la Virgen todos los días. Aun supuesta su maternidad moral y nuestro moral prohijamiento (que no me parece cla-

ro), todos los extremos son viciosos; los excesos, si no están prohibidos formalmente por la Biblia, lo están por la recta razón. Así lo pienso.”

Ahora preguntamos. ¿Había John dejado por inadvertencia este escrito bien principiado y mal concluido, ó lo había dejado allí de propósito? Julia imaginó lo segundo, creyéndolo formalmente. John, en efecto, había dado pruebas de gran lealtad en la cuestión referente al prodigio de Turín. Pues bien; ¿por qué no podía igualmente querer demostrar hasta qué punto quedaba convencido en el extremo de la devoción á la Virgen? De todas maneras, Julia no buscó más, dejando al Señor el cuidado de aumentar el rayo de luz que penetrara en la mente de John, quien le parecía diariamente mejor dispuesto, así como de inteligencia noble y ánimo recto, bajo una corteza rústica.

Otro fruto dalcísimo encontró que había logrado la buena Julia. Las niñas, encargadas por su hermano de volverle los libros, nada hicieron más pronto que abrirlos y hojearlos curiosamente. No habían hasta entonces visto nunca libros católicos de devoción, y por las disputas de su hermano tenían ganas de verles, despertándo-

se ya en su espíritu los primeros indicios de las diferencias religiosas. Por ello los libros de miss Julia parecieronle un gran bocado. Si bien no comprendieron el fondo de todas las razones de la carta, vislumbraron que John, estudioso, literato y capaz de contender con Julia, declaraba hermosa y buena la oración del Ave María. Nunca, nunca hubieran imaginado que su profesora, la buena, pía y amante Julia, fuese capaz de decir una oración mala; mas el voto de John parecióles una licencia formal para recoger la oración, sin detrimento de su conciencia. Por el irresistible atractivo que sin duda ejerce lo bueno sobre las almas excelentes, sobre todo si va con el cebo de la novedad, pusieronse incontenidamente á trascribirla.

En aquel momento entró Julia para dar su lección. Vió el hecho, brillando su corazón de gozo; mas la prudencia le aconsejaba que no sembrase disgustos entre ella y la Needle, comprometiendo las grandes conquistas para salvar las pequeñas.— Por otra parte, parecía injusto privar á las inocentes del derecho de pedir á la Reina del cielo. Inventó un expediente, y dijo: —No permitiré que metáis en vuestros libritos la oración, porque podríais

desplacer á vuestra excelente mamá. Si deseáis recitarla, sólo teneis que cojer mi libro; no ignorais que nada tengo cerrado.—Hizo Julia más y mejor. No salía nunca de casa con las niñas sin que procurase ganar las indulgencias en cualquier templo. Allí sacaba un librito, en el cual tenia, de intento, una hermosa Virgen, como señal, en la página del Ave María. Las discípulasle pedían el libro, pasando de la mano de la una á la de la otra. A poco las queridas criaturas supieron de memoria la oración, y se acostumbraron á decirla secretamente.

Aunque no era esto el colmo de las ansias de Julia, sabía que las vías del corazón son largas, ásperas y difíciles en sus principios, no ignorando que poco después pueden convertirse en rápidas, llanas y fáciles, á veces por circunstancias de todo punto imprevistas.